

La Prensa Sindical y Política Asturiana en La Transición (1975-1982)

PRÓLOGO

La Unión Regional de CC.OO. mantiene, dentro del espectro de la prensa sindical y política asturiana, si no la más antigua de las publicaciones que subsisten en la actualidad sí al menos la de mayor regularidad y cantidad de números publicados. Desde 1986 hasta hoy, *El Sindicato* ha acudido puntual a la cita con los afiliados un total de doscientas veces, constituyendo un excepcional ejemplo de consolidación de una cabecera de este tipo. No constituye, desde luego, la tónica habitual en un escenario en el que las publicaciones de los partidos políticos han quedado generalmente reducidas a los órganos oficiales de carácter nacional (con episódicos boletines locales y juveniles) y los sindicatos, que prestan una mayor atención a este tipo de contacto con sus afiliados, rara vez logran una frecuencia mensual tan prolongada. Es, en todo caso, en el terreno sindical donde persiste la necesidad de procurarse cauces de comunicación escrita que siguen dando vida a una prensa específica. Así como los partidos políticos parecen hallar una audiencia en los *mass media* que convierte en prescindible el contar con órganos de expresión para dirigirse a sus adherentes y votantes o, en caso contrario, suelen carecer de la solidez necesaria para dar vida a publicaciones estables, la actividad sindical entraña una relación diferente para la que no bastan portavoces confederales (*Gaceta Sindical, Unión...*) sino que se hace preciso descender a lo concreto en marcos locales, regionales y sectoriales. De este modo, se siguen editando en Asturias, el ya citado *El Sindicato* (CC.OO. de Asturias), *Asturias Adelante* (UGT Asturias), *El Delegado* (USO Asturias), el *Boletín de SUATEA* y, hasta no hace mucho, *ContraCorriente* (CSI), además de los sectoriales *Avance Sindical* (SOMA-FIA-UGT), *Asturias Minerometalúrgica* (Federación Minerometalúrgica de CC.OO.) y *TE* (complemento regional del editado en Madrid con idéntico nombre por la Federación de Enseñanza de CC.OO.), así como algún boletín de empresa de circulación más restringida y vida más precaria. Con la única excepción de la ugetista *Asturias Adelante*, que ha sufrido sus altibajos, ninguna de estas cabeceras se corresponde con las existentes en el período abordado por Carlos Gordon en el presente libro.

La Transición constituyó, a este respecto como en muchos otros, un tiempo de efervescencia, de pluralidad de opciones y de precariedad de medios, de debilidades organizativas y voluntarismo militante, de esperanzas y desencantos. En medio de una conquista de libertades largamente anhelada, con una estructura de oportunidades ensanchada a golpe de movilización, todos sienten la imperiosa necesidad de hacerse presentes mediante medios escritos donde queden fijadas sus estrategias y sus análisis. La prensa sindical y política conoce un florecimiento que da cuenta, como bien nos muestra este estudio, tanto de sus expectativas como de sus limitaciones, de las continuidades con el pasado, ya sea reciente o remoto, y de las dificultades para adaptarse a los nuevos vientos. Cuando llegó el reflujó, muchas organizaciones desaparecieron y otras sufrieron severas crisis o metamorfosis profundas. Al mismo tiempo, a su alrededor el contexto se transformaba radicalmente: libertad de prensa y de expresión, auge de los medios audiovisuales y, andando el tiempo, Internet y las múltiples posibilidades de la era de las telecomunicaciones y la informática. Con ello variaron las formas, los lenguajes, los soportes, la estética y los códigos de la comunicación. Todo ello da a aquellos boletines hechos a golpe de multicopista por manos inexpertas, e incluso a los de mejor factura realizados ya a imprenta, un sabor añejo. Y, al mismo tiempo, los convierte en documentos de primera magnitud para reconstruir el aire de un tiempo, en fuentes para la investigación histórica que dan

cuenta de hechos y de palabras, de luchas, reivindicaciones, ideales y sectarismos, de la vida interna de un pequeño (o no tan pequeño) reducto de militantes y de las utopías con las que se esperaba emancipar a la clase obrera y transformar el mundo.

Carlos Gordon, perseverante, perspicaz y concienzudo, ha rastreado durante años en archivos y en papeles antiguos guardados por particulares en viejas carpetas polvorientas, afrontando en primer término un ejercicio de recuperación de un patrimonio disperso y precario, no siempre valorado ni fácil de localizar. A partir de ahí ha acometido una labor de sistematización y ha realizado lecturas en profundidad que ahondaban mucho más allá de los textos explícitos para hallar sentidos a lo dicho entre líneas, a los trasfondos implícitos, a las omisiones y los silencios, al lenguaje empleado y a sus significados profundos. Fruto de ello ha sido su tesis doctoral, una parte de la cual ve ahora la luz. Su estudio prolonga y completa el realizado por Gabriel Santullano, maestro y pionero en el tratamiento historiográfico de la prensa política en Asturias.

Comprender el interés que encierran este tipo de publicaciones, de apariencia poco *glamourosa* y contenidos “pasados de moda”, requiere profundizar en las funciones que cumple, tanto de puertas adentro, como instrumento cohesionador de las propias filas, cuanto hacia el exterior, como vehículo difusor de ideas y propuestas para la acción. Tal como Carlos Gordon señala, el reto consiste en establecer una conexión entre el lenguaje político para iniciados y la comunicación con los sectores sociales a quienes se pretende llegar. Y es ahí donde reside, precisamente, su punto más débil durante la Transición. La comunicación fracasa, en general, a la hora de atender a estos dos objetivos –nada fáciles de conciliar- de forma simultánea. Con la apertura democrática, la existencia de las mínimas condiciones para el ejercicio de la libertad de prensa proporciona medios de comunicación generalistas de factura profesional con los que los boletines sindicales y políticos han de competir en manifiesta inferioridad. Su función ha de ser otra y tiene mucho de endogámica, de elemento cohesionador de los núcleos militantes y sus círculos de influencia. Lo político y lo organizativo impera y los cauces de relación con la sociedad son poco fluidos y más bien unidireccionales. Los esquemas del *agritprop* –pertenezcan o no a la raigambre comunista quienes la elaboran- convierten a esta prensa en emisora pero no en receptora, limitando sus contenidos y sus horizontes. El proselitismo a ultranza, la confrontación con los más afines (aquellos que comparten definición ideológica o se disputan una misma militancia), la sobrecarga ideológica... constituyen inercias del activismo antifranquista que van deviniendo en inadaptaciones al nuevo contexto.

Bajo la dictadura, bastaba con lanzar un boletín o una octavilla que diera fe de la existencia de un grupo clandestino para cumplir con el objetivo primordial. Su contenido era en muchos sentidos menos importante que la mera demostración de que los emisores estaban presentes a pesar de los despliegues represivos del Régimen. Contar con un aparato de propaganda constituía, a la vez que una fuente de riesgos constantes, una necesidad vital. En la práctica, apenas se podía existir sin dejar rastro escrito de ello. Por ello, repasar la nómina de publicaciones casi equivale a realizar un censo de las organizaciones presentes en cada momento. En gran medida, esto sigue siendo así en los albores de la Transición pero está llamado a cambiar con el asentamiento de la democracia. Las libertades recién conquistadas permiten a los más fuertes “externalizar” total o parcialmente los costes de difusión de sus propuestas y actividades al encontrar eco en la prensa comercial. No así a los minoritarios, que han de enfrentarse a un tratamiento habitualmente hostil que apenas pueden compensar con sus propios medios, precarios y en extremo dependientes de un voluntarismo militante ayuno de formación. A medida que las fuentes informativas se hacen más diversas y accesibles, las deficiencias técnicas y formales se vuelven un lastre añadido. En

democracia, estas publicaciones no logran rellenar el vacío de deja la prensa comercial como lo habían hecho contra el franquismo, cuando la censura arrojaba la sombra de la duda sobre los medios legales y convertía a los clandestinos en fuente alternativa. La fidelidad de sus bases militantes y sus círculos de influencia se resquebraja y el crédito de sus boletines también. Si a ello se añade la tendencia desmovilizadora que acompaña al proceso y la frustración de las expectativas de los más entusiastas, se comprende la alta tasa de mortalidad que afecta a estas cabeceras.

Aunque por sí sola una mirada de conjunto a la prensa política y sindical no puede proporcionar sino una imagen distorsionada de la realidad, su examen arroja no poca luz sobre algunos aspectos relevantes. Una primera evidencia nos sitúa ante un hervidero de organizaciones y proyectos defendidos con entusiasmo mediante una intensa militancia. En las páginas de esta prensa alienta un cúmulo de ilusiones que se verán sometidas al implacable veredicto de los hechos. La Transición constituye, a este respecto, para toda la izquierda, el gozne entre el antifranquismo y la actuación en democracia y entraña por ello nuevos desafíos. En la encrucijada entre las pervivencias de la lucha clandestina y la gestación de la democracia, afloran todas las opciones y acaban por extinguirse muchas de ellas. La izquierda alberga, además, ilusiones anticapitalistas que se desvanecerán cuando se imponga la evidencia de que el cambio en curso es político pero no de estructuras socioeconómicas. Más bien al contrario, la democracia vendrá de la mano de una profunda crisis económica que destruye centenares de miles de puestos de trabajo y convierte al desempleo en el problema cotidiano o la amenaza permanente para buena parte de la población. Si los proyectos igualitarios se desvanecen, los avances que el movimiento obrero experimenta inicialmente pronto dejan paso a un sindicalismo a la defensiva que, en el mejor de los casos, resiste el vendaval y demasiado a menudo se bate en retirada no siempre ordenada.

En Asturias, la recuperación de las libertades vuelve a mostrar los rasgos propios de todo el siglo XX que el franquismo había tratado en vano de extirpar: la hegemonía de la izquierda y la preponderancia del movimiento obrero. Las organizaciones de la clase obrera habían sido en el pasado el verdadero eje vertebrador sociopolítico de la región y en buena medida recuperan ese papel en cuanto son abatidos los muros de la dictadura. Esto sucede, además, en un contexto en que el obrerismo impregna todos los discursos de la izquierda, incluyendo a aquellos que –generalmente muy a su pesar– carecen de una base obrera. A menudo, esto sucede desde la convicción teleológica de que la clase obrera tiene encomendada una tarea en la Historia y que está inscrito en su naturaleza el ser portadora del socialismo y sepulturera del capitalismo. La conflictividad generalizada y el carácter masivo de las movilizaciones de la Transición constituyen, para las vanguardias más activas, prueba suficiente de este devenir histórico predeterminado. Pero muy pronto los objetivos prioritarios se centrarán en problemas más inmediatos: la industria que ha sustentado a una clase obrera vigorosa y combativa entra en crisis, abocando a conflictos defensivos que rompen con la dinámica propia del antifranquismo en la era del desarrollismo.

En el nuevo escenario, las inercias del activismo antifranquista no encuentran fácil acomodo. Ni las formas assemblearias resisten bien la institucionalización y burocratización de las organizaciones ahora legales, ni la movilización puede seguir siendo un objetivo en sí misma, ni la politización de los conflictos se puede dar por supuesta. Los más radicales encuentran ahora un obstáculo que no proviene del temor a los “cuerpos represivos” sino de fuerzas emergentes en el seno del movimiento obrero y de partidos instalados en las instituciones que predicán una mayor moderación. En lugar de compartir los propósitos de desestabilización de un sistema político de todo punto

inaceptable, ahora se producen contradicciones entre quienes mantienen el discurso anticapitalista y quienes temen retroceder en lo andado y procuran contribuir a la estabilidad de la naciente democracia. Aunque el precio sean sacrificios salariales, contención en las reivindicaciones y las movilizaciones, pactos interclasistas y condenas de las acciones radicalizadas incluso cuando se producen en las propias filas. CC.OO. sufrirá probablemente más que nadie estas contradicciones internas, fruto de la difícil adaptación a un marco nuevo, y, si bien logra preservar su condición de fuerza sindical mayoritaria, ha de ver cómo se frustran sus aspiraciones unitarias y cómo en buena medida su modelo sindical resulta derrotado en la pugna sostenida por la hegemonía con la alternativa de corte socialdemócrata representada por la UGT. Y el PCE se enfrenta, con suerte más bien adversa, a no pocas frustraciones: electorales, ideológicas, organizativas, culturales... que lo abocan a una crisis interna que en Asturias se desata de forma muy temprana, prefigurando lo que ha de ocurrir en toda España.

Con la llegada de la democracia, las urnas miden de forma implacable las fuerzas y, en el campo de la izquierda, tan sólo PSOE y PCE, depositarios de una legitimidad histórica que arranca al menos del primer tercio del siglo, logran presencia institucional significativa. El resto, una pléyade de siglas cuyas diferencias resultan en algunos casos imperceptibles para los no iniciados, se desenvuelve entre la escasa incidencia en los movimientos de masas y el doctrinarismo de sus postulados, compensando con su concentración en la letra impresa sus debilidades en otros terrenos y exigiendo de sus escasos militantes una entrega que multiplica su visibilidad. La propaganda adquiere, en estos casos, una importancia capital. Especialmente cuando la presencia en las instituciones se evidencia exigua o nula. Mientras unos se ven abocados a la desaparición o reducidos a posiciones marginales, otros tratan de reinventarse buscando su espacio en batallas no electorales. La rápida orientación del MCA desde el maoísmo y el obrerismo (tan ajeno, por otra parte, al perfil sociológico de buena parte de sus dirigentes) hacia nuevos frentes como la ecología, el feminismo, el antimilitarismo o el asturianismo permite advertir la capacidad que, en comparación con otros competidores que se mueven en sus inmediaciones, muestra esta organización para sobrevivir asumiendo su posición extraparlamentaria y compensando su debilidad institucional con su inserción en los movimientos sociales. Al mismo tiempo, se trata del grupo que probablemente cuida más y obtiene resultados más apreciables en los aspectos estéticos de su propaganda. Pero, en términos electorales e institucionales, la suerte queda echada en el primer *round*: un PSOE mayoritario y un PCE con fuerza sensiblemente superior a la del conjunto de España.

El período franquista ha sacudido mucho más el escenario sindical, donde CC.OO. se erige en fuerza decisiva y la CNT, pese a algún destello fugaz, no es capaz de superar sus debilidades. En cambio, la UGT, de presencia muy atenuada durante la dictadura, resurge con gran vigor, recomponiendo sus bases históricas y extendiéndose a nuevos espacios hasta disputar la primacía, pese a la indudable mayor implantación con que CC.OO. parte en los centros de trabajo y el prestigio acumulado por sus cuadros en la lucha antifranquista. A grandes rasgos, la correlación de fuerzas que se podía advertir en el panorama de la oposición al franquismo sufre alteraciones profundas, sin que las causas puedan ser remitidas sin más al peso de la memoria histórica pero sin desdeñar tampoco su importancia. Tal como nos muestra Carlos Gordon, el recuerdo de tiempos pasados en los que las respectivas organizaciones desempeñaron un papel destacado es un recurso habitual en la prensa socialista y anarcosindicalista durante la Transición, en tanto que los comunistas confían en mucha mayor medida en los réditos de su participación en los diversos movimientos de contestación a la dictadura. El peso de la Historia en los contenidos de esta prensa ejerce una función legitimadora y de entronque

con luchas pasadas, pero también guarda a veces relación con la propia debilidad presente. Indudablemente, quienes no pueden presentar sus mayores méritos en el pasado reciente buscan sus credenciales en épocas anteriores.

Pero la memoria histórica no es una inversión que rinda frutos por sí sola sino tan sólo a aquellos que son capaces de activarla. Por diversas razones, los socialistas cuentan con los medios para hacerlo; los anarcosindicalistas no. Y el papel desempeñado en la oposición al franquismo tampoco es suficiente. Proporciona implantación en el movimiento obrero y en otros movimientos sociales, pero quienes han tomado parte activa en estos frentes nunca han dejado de ser una minoría (creciente, pero minoría al fin) que no se traduce en apoyos electorales acordes con esa presencia. De ahí que a CC.OO. le quepa mejor suerte que al PCE. Asturias es un buen banco de pruebas para verificar estas pervivencias y transformaciones. El predominio del movimiento obrero y de la izquierda permanece intacto, pero la correlación de fuerzas ha sufrido alteraciones, particularmente en el campo sindical, y, sin embargo, algunos rasgos se mantienen inalterados. Así ocurre, por ejemplo, con el predominio sindical – focalizado en el peso y la influencia del Sindicato Minero– dentro del socialismo asturiano. La transformación que media entre el primer número de *El Minero*, editado en septiembre de 1975 por el revivido SOMA-UGT con una factura totalmente artesanal, y momentos posteriores en los que se advierte la calidad y los medios técnicos de que dispone ilustra la rapidez con que se están produciendo algunos cambios de profundo calado. A su lado, los comunistas disponen ahora de la fuerza sindical de la que habían carecido en el pasado, gracias a su preponderancia en CC.OO., donde la pluralidad de tendencias y de militancias políticas constituye, no obstante, una fuente de tensiones que contrasta con el monolitismo de sus principales competidores. Reducidos a una condición minoritaria, los anarcosindicalistas se ven inmersos, a su vez, en querellas intestinas que reeditan las atravesadas en el pasado, pero libradas ahora sin la capacidad que otrora habían mostrado para resurgir como movimiento de masas. Finalmente, la USO se ve escindida entre la fidelidad a sus postulados de autonomía y el magnetismo ejercido por las siglas históricas del socialismo, perdiendo en esa pugna a una parte de sus cuadros forjados en la lucha antifranquista, en tanto que otros, defraudados por su debilidad, vuelven sus ojos hacia CC.OO. En cuanto a los movimientos unitarios surgidos bajo la dictadura, únicamente SUATEA en la enseñanza y, durante algún tiempo, ARPA entre los pensionistas desembocan en organizaciones específicas cuyo carácter unitario queda en entredicho, no obstante, por la irrupción de otras siglas que se revelan mayoritarias.

En otros frentes, el curso de la Transición representa un declinar de los contenidos políticos o de la influencia social, según los casos. A la larga, sobre todo una vez que tienen lugar las primeras elecciones municipales, el movimiento vecinal tiende a replegarse hacia cuestiones inmediatas, perdiendo una carga política que en buena medida se explicaba por la rigidez de la dictadura, capaz de convertir en subversivas las aspiraciones más elementales. Al mismo tiempo, sus militantes son cooptados en las listas electorales o comparten carnet con los concejales que integran los gobiernos de los consistorios democráticos, lo que inevitablemente resta virulencia a sus demandas. Su continuidad depende de una transformación de sus actividades y pasa mucho menos por la movilización que por funciones de interlocución y prestación de servicios. Algo similar pero más acusado aún sucede con las asociaciones culturales donde habían alentado los ambientes democráticos en los años del tardofranquismo. Vaciadas de buena parte del contenido que habían venido acogiendo, privadas de la concurrencia de quienes ahora recalán en las sedes de partidos y sindicatos, reducidas a su pesar a

programaciones culturales de limitada audiencia... entran en una crisis que para la mayoría resultará irreversible.

Finalmente, en la Asturias de los setenta aparecen algunos movimientos llamados a pervivir como actores minoritarios, políticamente débiles pero no exentos de influencia social. Se trata de los nacientes feminismo, ecologismo y asturianismo, aglutinados inicialmente en torno a las siglas de AFA, ANA y Conceyu Bable respectivamente, si bien sus militantes se encuentran al mismo tiempo diseminados en distintas fuerzas políticas. Su irrupción relativamente tardía los sitúa como fenómenos más propios de la Transición que del antifranquismo, del que serían más bien derivaciones indirectas. Introducen, en todo caso, temas que hasta entonces habían estado ausentes. Para ello, junto a campañas que a menudo destacan por su carácter imaginativo, se dotan de órganos de expresión. Especialmente propicio para afirmarse mediante la palabra escrita, el asturianismo de los años setenta emerge concentrado en la reivindicación lingüística y la búsqueda de señas de identidad cultural. La demanda de *bable nes escueles* acompaña a un movimiento que tiene por banda sonora la música del Nuevu Canciu Astur (entroncado con la moda de la música celta y enraizado en la tradición asturiana sin anclarse en ella, con capacidad para llegar a un público joven que ha desertado de la tonada y la asturianada), una literatura que reclama su espacio más allá del teatro de comedia costumbrista y de una poesía de andar por casa, así como un celtismo de muy escaso rigor científico pero cierta potencia como mito catalizador de emociones “patrióticas”.

De todas estas caras del poliedro de la Transición asturiana da cuenta la prensa política, sindical y de otros movimientos sociales que Carlos Gordon ha estudiado con el buen tino y el oficio que ya le había distinguido en otros trabajos anteriores. Cabe felicitarle por ello, ya sea en la condición de historiador o de lector interesado en el tema.

Gijón, enero de 2009

Rubén Vega
Universidad de Oviedo